

DESARROLLO DE LA AUTONOMÍA EN EL APRENDIZAJE DE LENGUAS

MIREIA BOSCH

Autonomía se ha convertido en una palabra de moda, como lo fue en su momento el término “comunicativo”. Son muchos los profesores que están de acuerdo en que hay que hacer que los aprendientes sean más autónomos y que ven el desarrollo de la autonomía como algo positivo. Pero, ¿a qué nos referimos al hablar de autonomía? ¿Hablamos todos de lo mismo? Como también ocurrió anteriormente con el concepto de enseñanza comunicativa, los términos que están en boca de todos son los que frecuentemente necesitan de mayor clarificación porque se tiende a trivializarlos, a simplificarlos. A continuación trataremos de ir perfilando el concepto de autonomía a partir de algunas de estas simplificaciones.

1. AUTONOMÍA EQUIVALE A TRABAJO INDEPENDIENTE, SIN PROFESOR

Para muchas personas, incluso para algunos profesionales de la enseñanza, autonomía se asocia automáticamente a “aprendizaje sin profesor”, a “aprendizaje en centro de autoaprendizaje”. Se piensa en un aprendiente autónomo como un aprendiente que no depende del profesor y de la clase, un aprendiente que aprende por su cuenta. Ésta es, efectivamente, una de las posibles interpretaciones, aunque no la única ni la más relevante en el terreno pedagógico. Como muchos expertos con experiencia en CA se han esforzado en demostrar; no existe necesariamente relación directa entre un aprendizaje independiente en CA y el desarrollo de la autonomía. Ni todos los aprendientes independientes son autónomos ni todos los autónomos son independientes. Es decir que hay personas muy autónomas que asisten a clase y personas muy poco autónomas que aprenden en casa o en un CA. Al afirmar esto, que puede parecer contradictorio, estamos dando a entender que existe otra interpretación del término “autonomía”. Una interpretación que tiene que ver más con cuestiones educativas que de entorno o contexto en el que se produce el aprendizaje, y que define autonomía como una actitud, como un conjunto de características de determinados aprendientes: aquellos que han aprendido a aprender y que, por lo tanto, tienen capacidad de asumir la responsabilidad del aprendizaje, tanto en situaciones de clase como en aprendizajes independientes.

2. UN APRENDIENTE AUTÓNOMO TRABAJA EN SOLITARIO

Muy relacionado con la idea anterior de asociar autonomía con CA está la idea errónea de que ser autónomo es “trabajar en solitario”. Un aprendiente autónomo puede desde luego trabajar solo/a, pero sólo si ha

optado por hacerlo así. En la mayoría de casos, el aprendiente autónomo sabe que, aparte de los recursos propios, le resulta beneficiosa la interacción con “expertos” y con otros aprendientes de su mismo nivel, de nivel superior e incluso de nivel inferior. Su autonomía consiste en saber regular estos componentes de trabajo individual y compartido con eficacia en ser capaz de decidir el cuándo y el cómo.

3. UN APRENDIENTE ES O NO ES AUTÓNOMO

No es un tipo de comportamiento único ni un concepto absoluto. Un aprendiente autónomo no tiene un perfil único, tal vez porque “el aprendiente autónomo” no existe, es más bien una idealización. Existen aprendientes más o menos autónomos: aprendientes que reúnen algunas -más o menos de las características del buen aprendiente. y, además, sus contextos de aprendizaje, sus preferencias pueden ser diversas.

Por otra parte, la autonomía no es un todo o nada, un estado que se alcanza de una vez por todas sino un concepto relativo: cada aprendiente lo es en mayor o menor grado y alcanza diferentes cotas de independencia. No podemos hablar de un aprendiente autónomo y otro que no lo es, sino de aprendientes que han avanzado más o menos en el proceso de desarrollo de su autonomía, según sus necesidades y su personalidad, según las facilidades que han encontrado en el sistema educativo.

4. AUTONOMÍA ES UNA NUEVA METODOLOGÍA

Cuando se habla de autonomía, la reacción de algunos profesionales es la de pensar: “¡Vaya! Otro método que se ha puesto de moda” y mostrar un cierto rechazo o escepticismo. Pero autonomía no es algo que hacemos nosotros -una metodología-. Es una evolución que se produce o esperamos que se produzca en la persona que aprende. Nosotros podemos estimular el proceso pero la autonomía se desarrolla en el aprendiente.

Sin embargo, si nos proponemos favorecer este desarrollo, tenemos que ampliar o dar una dimensión añadida a los contenidos/objetivos de la clase proporcionando a los aprendientes los conocimientos y habilidades que necesitarán para tomar decisiones informadas sobre lo que quieren aprender y cómo lo quieren aprender y, en general, para mejorar el proceso de aprendizaje hasta donde sea posible. Así, David Nunan propone una enseñanza “centrada en el aprendizaje” que incorporaría dos tipos de objetivos complementarios -unos referidos a contenidos de la lengua meta (contenidos lingüísticos) y otros referidos al proceso de aprendizaje-. Ambos objetivos deberían complementarse de forma armónica, es decir, sin separarlos en tipos de “lecciones” diferentes.

5. EL PROFESOR NO DEBE INTERVENIR O TOMAR INICIATIVAS: DEBE DEJAR QUE SEAN LOS ALUMNOS QUIENES LO HAGAN

Pensar que el profesor queda relegado o que es prescindible es otra simplificación peligrosa. Entre estar de acuerdo con premisas como que “el aprendiente es quien tiene la última responsabilidad por el aprendizaje” o en que “nadie puede aprender por nosotros” y concluir que debemos dejar las decisiones en manos de los aprendientes media un abismo y hay que construir un puente.

En todas las situaciones de aprendizaje (excepto, naturalmente en aquellas en las que el aprendiente opta por trabajar sin ayuda) tenemos un papel que jugar como profesionales: el desarrollo de la autonomía no es algo tan simple como dejar de hacer cosas para que las haga el que aprende. Hay evidencia más que suficiente como para saber que muchos aprendientes no están naturalmente dotados para ello. Si creemos en la necesidad de desarrollar la autonomía del aprendiente, tenemos la responsabilidad de darles los instrumentos para que la evolución sea posible.

¿Qué es lo que, como enseñantes, podemos hacer en cada contexto?

A. CREAR CONDICIONES

Podemos proporcionar contextos y podemos actuar de manera que aumenten las posibilidades de que los aprendientes ejerzan su autonomía y les resulte más fácil asumir por lo menos una parte de responsabilidad.

Veamos algunos ejemplos de qué tipo de acciones podemos llevar a cabo:

- Crear contextos del tipo centro o aula de autoaprendizaje como alternativa, como complemento opcional o como parte integral de un curso.
- Proporcionar diferentes opciones para garantizar que los aprendientes tengan ocasión de tomar decisiones.
- Encargar tareas para realizar fuera de clase.
- Proponer proyectos (de grupo o individuales) o actividades no dirigidas por el profesor.
- Hacer contratos de aprendizaje.

B. PROPORCIONAR FORMACIÓN

Al tiempo que creamos condiciones debemos dar los instrumentos para sacar el máximo provecho de ellas. Proporcionar formación quiere decir ayudar al aprendiente a aprender, ayudarle a desarrollar una capacidad para el aprendizaje que pueda serle útil tanto en el contexto de la clase como en cualquier otro contexto.

¿Cuáles serían los componentes de esta formación?

1. Concienciación metalingüística y sobre el aprendizaje

Hacer consciente al aprendiente de lo que es el objeto del aprendizaje (lengua) y del proceso de aprendizaje: es decir del qué y el cómo.

Durante mucho tiempo, el interés por la comunicación en la enseñanza de lenguas, hizo que se abandonara la idea de aprender “sobre la lengua”: se aprendía o tenía que aprender la lengua, no se hablaba sobre la lengua. Cuando hablamos de concienciación, no estamos hablando de “instruir” sobre el lenguaje, de volver a la clase magistral de gramática. Tampoco se trata de “instruir” sobre su aprendizaje, de dar lecciones sobre adquisición de lengua. En ambos casos se trata de generar un diálogo pedagógico (formador) y de estimular la reflexión; se trata de añadir una nueva dimensión a las tareas de clase para que el aprendiente tenga ocasión de analizar y reflexionar sobre lo que aprende y cómo lo aprende con el objetivo de convertirse en un aprendiente más autónomo y eficaz.

Una parte de este diálogo gira alrededor de lo que se ha dado en llamar “creencias” que sobre la lengua y su aprendizaje tienen los aprendientes y que no están muy alejadas de lo que se conoce como sabiduría popular. Los estudios sobre el tema demuestran que estas creencias pueden ser decisivas en el desarrollo de la autonomía o en su inhibición y también en el propio proceso de aprendizaje porque las creencias determinan la selección de estrategias, métodos, tareas, etc. Otra parte del diálogo y la reflexión gira no tanto sobre el lenguaje en general sino sobre la lengua objeto de aprendizaje y la suya propia y se propone aumentar la conciencia lingüística. Estos serían ejemplos de temas a tratar:

a) El lenguaje:

- Diferencias entre lengua oral y lengua escrita.
- La gramática.
- El léxico.
- El registro.

- Discurso.
- Lengua y cultura.

b) El aprendiente: factores personales como edad, aptitud, actitud, etc.

c) El aprendizaje:

- Qué supone aprender una lengua (conocimiento declarativo / procedimental).
- Las destrezas básicas.
- El rol del profesor / alumno.
- Oportunidades que tienen a su disposición en clase y fuera de la misma.
- Experiencias personales: éxitos y dificultades.
- Valor de las tareas o actividades que hacemos.
- Seguimiento de sus progresos.
- Evaluación de tareas.

2. Formación en estrategias

Al tiempo que concienciamos al aprendiente de lo que supone el aprendizaje de una lengua, trataremos también de despertar su sensibilidad hacia maneras concretas de enfocar la tarea de aprender. El trabajo sobre estrategias puede englobar estrategias de diverso tipo (cognitivas, metacognitivas, de práctica, de memorización, etc.) y conviene llevarlo a cabo de manera integrada -es decir, relacionándolo con tareas y actividades que promuevan e ilustren el uso de estrategias- y explícita para que sea transferible. Todo ello para que los aprendientes sean conscientes de que lo que hacemos en clase es tan sólo una parte del aprendizaje y que deben aprender a gestionar eficientemente el resto de tiempo, es decir el tiempo de aprendizaje independiente.

Es evidente que todo esto requiere un cambio en nuestros roles.

Tradicionalmente, la formación de profesores, incluso aquella que tiene en cuenta la enseñanza centrada en el aprendiente, le otorga al profesor un rol directivo tanto en conocimientos como en organización y no le prepara para lo que requiere el desarrollo de la autonomía, para este papel más próximo al de asesor que al del profesor tradicional. Es éste un papel que tenemos muy asumido no sólo por nuestra formación como enseñantes sino por nuestra propia historia como aprendientes.

Naturalmente, también nuestros alumnos tienen muy interiorizado nuestro rol y su rol. Esperan que hagamos determinadas cosas y que las hagamos de determinada manera. Por lo tanto parece aconsejable hacer el cambio de forma gradual. En mi experiencia es importante aprender a observar y ver, desarrollar sensibilidad hacia las necesidades y características de cada alumno. Por ello, y retomando algunas de las cosas que he apuntado anteriormente, recomendaría:

- *Ofrecer, no imponer*: dar más a quien más puede o quiere asumir y menos a quien no tiene una buena disposición.
- *Ceder pequeñas parcelas de responsabilidad*: no es necesario dejar todas las decisiones en manos de los aprendientes en cualquier circunstancia y de un día para otro.
- *Explicar* qué hacemos y por qué lo hacemos para ganar convenciendo.
- No confundir autonomía / capacidad con autonomía / independencia: no todo el mundo se beneficiará de ser más independiente pero todo el mundo puede beneficiarse de estar más capacitado.

Valga todo lo dicho como respuesta a quienes piensan que el desarrollo de la autonomía del aprendiente supone en la práctica la desaparición del profesor. El profesor, como el asesor de un centro de autoaprendizaje, tiene una importante labor que hacer, aunque tal vez será cada vez más distinta de la del profesor tradicional. O tal vez no porque ¿no ha sido siempre responsabilidad del enseñante el enseñar a

aprender, el abrir puertas para que las crucen los aprendientes? Sí, siempre lo ha sido. La diferencia es que ahora somos más conscientes de ello y podemos o tratamos de hacerlo de forma explícita y sistemática.

Desde luego es mucho más fácil y tranquilizador pensar que nuestro papel se limita al de transmisores de conocimientos y, sobre todo, creer que esta transmisión tiene lugar. Tener la certeza de que los aprendientes no aprenden automáticamente lo que enseñamos y que, por lo tanto, lo único que podemos hacer es poner los medios a nuestro alcance para que lo que tienen que hacer por sí mismos se haga en las mejores condiciones, intranquiliza y supone un esfuerzo porque no tenemos "fórmulas" para hacerlo. La pregunta sería entonces ¿vale la pena?

Al margen de todos los argumentos favorables al desarrollo de la autonomía que han dado los expertos y que comparto, quisiera contestar a esta pregunta desde un punto de vista más personal. A pesar de las dificultades y de la aparente parquedad de los resultados, me siento suficientemente motivada a continuar avanzando por este camino. Esta motivación viene no sólo del convencimiento de que mi papel como enseñante consiste en ayudar a aprender porque no puedo aprender por los demás, sino también del hecho de que, en mi experiencia, este planteamiento hace nuestra tarea más interesante y contribuye a crear un buen ambiente de trabajo y una mejor relación personal entre alumnos y profesores.